

FERNANDO GÓMEZ

VIAJE AL CENTRO DE LOS MANICOMIOS



Luciérnaga



FERNANDO GÓMEZ
VIAJE AL CENTRO
DE LOS MANICOMIOS



Ediciones
Luciérnaga

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Fernando Gómez Hernández, 2023.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: septiembre de 2023

© Edicions 62, S.A, 2023

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19164-76-6

Depósito legal: B. 6615-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

<i>Proemio</i>	13
<i>Prólogo</i>	15
CARTA 1. Hospital de los Inocentes (Valencia)	17
CARTA 2. Hospital de Saint-Paul-de-Mausole (Saint-Rémy-de-Provence)	27
CARTA 3. Hospital de La Salpêtrière (París)	39
CARTA 4. Hospital de Charenton (París)	53
CARTA 5. Hospitales De Ville-Evrard (Neuilly-sur-Marne) y Montdevergues (Vaucluse)	65
CARTA 6. Isla de San Servolo (Venecia)	75
CARTA 7. Villa Azzurra (Turín)	89
CARTA 8. Hospital de Hadamar (Hesse)	99
CARTA 9. Narrenturm (Viena)	111
CARTA 10. Hospital Saint Mary of Bethlem (Londres)	119
CARTA 11. El Panteón de los Cerebros (Moscú)	131
CARTA 12. Allan Memorial Institute (Montreal)	141
CARTA 13. Isla de Blackwell (Nueva York)	151
CARTA 14. Hospital St. Elizabeth (Washington)	161
CARTA 15. St. Coletta (Wisconsin)	171
CARTA 16. Hospital de Western State (Lakewood)	183
CARTA 17. Hospital Cherry (Goldsboro)	193
CARTA 18. Manicomio de La Castañeda (México)	205

CARTA 19. Hospital Colonia de Barbacena (Barbacena, Minas Gerais)	215
CARTA 20. Colonia Open Door (Luján)	223
CARTA 21. Manicomio de Mondragón (Mondragón, Gipuzkoa)	233
<i>Epílogo.</i> Manicomio de Horta (Barcelona)	249



CARTA 1
HOSPITAL
DE LOS INOCENTES
Valencia

El inicio de un nuevo encuentro

Antes de regresar a Barcelona, decidí dar una vuelta por el casco antiguo de Valencia, esperando que llegara la hora en que debía partir el tren desde la estación del Norte. Me había despedido de la hija de mi amigo prometiéndole que regresaría, a lo sumo, tres semanas después. A mi amigo solo le di un beso en la frente y me aparté rápido para que no me viera llorar.

Pues, como le digo, paseé por el casco antiguo de la ciudad. En esa improvisada ruta sin rumbo, contemplé la torre del Micalet y las de Serrano. Entré en la plaza Redonda y disfruté con los coloridos mostradores de hortalizas expuestas para su venta en el Mercado Central. Iba de un lado a otro como un perro vagabundo en busca de caricias. En esa ruta espontánea, llegué a detenerme en el parque que circunda la biblioteca pública y allí vi una solitaria puerta de piedra sin muros que hicieran comprender su utilidad. Ese lugar, tiempo atrás, había sido un hospital y esa puerta era la que daba acceso al recinto.

Hay un cuadro del Joaquín Sorolla en el que se puede observar a un fraile con hábito blanco que se pone delante de un grupo, mitad niños, mitad adolescentes, que con piedras en las manos intentan lanzárselas a una persona que se halla caída en el suelo. El pobre hombre que ve lo que le viene encima intenta taparse con las manos para que las piedras que le arrojan no le alcancen en la cabeza. El cuadro lleva por título *El padre Jofré defendiendo a un loco*. Se distingue al momento quién es el fraile y quién el loco. No hay constancia de la identidad del loco; en cambio, queda claro cuál es el nombre del fraile por el título

de la obra, no es otro que el padre Jofré, fray Joan Gilabert Jofré.

La escena que plasma la pintura es un hecho histórico que ocurrió el 24 de febrero de 1409. Ese día, fray Jofré iba camino de la catedral de Valencia para impartir el sermón del domingo de Cuaresma. La escena del lienzo refleja lo que vivió el fraile cuando se encontró con esas personas apedreando a un pobre enfermo mental.

Tanto le afectó lo que había visto, que se tomó la libertad de modificar el sermón improvisando otro, más directo y humano, a favor de los locos que vagaban por la ciudad y que no recibían ningún tipo de asistencia ni de consuelo.

En el sermón, el padre Jofré habla de la necesidad de que la ciudad cuente con un hospital donde los pobres inocentes y furiosos sean acogidos en beneficencia. Pobres inocentes y furiosos, con esa dulzura y a su vez firmeza, define a los locos que vagan por las calles de Valencia sin cobijo ni alimento. Con medida oratoria, habla de que esos pobres inocentes pasan hambre, frío, sufren injurias y son despreciados por quienes se les cruzan. Remarca, en ese histórico sermón, que los locos, al no saber pedir, no encuentran sustento y deambulan por las calles donde son vejados y, en ocasiones, les dan muerte sin miramientos y esa despreciable acción queda sin castigo. Asimismo, continúa, a algunas mujeres las avergüenzan con las obscenidades que pronuncian a su paso y hay pobres furiosos que hacen daño a muchas personas que van por la ciudad. Y concluye que sería buena cosa y obra muy santa que, en la ciudad de Valencia, fuera levantado un hospital en que semejantes locos e inocentes estuviesen de tal manera cuidados que no tuvieran que ir por la ciudad ni haciendo daño ni que les fuese hecho.

Fray Jofré es persona con grandes dotes oratorias y pone tanta pasión en sus palabras que los nobles de la ciudad no dudan en realizar donativos.

En mayo del mismo año 1409, se iniciaban las obras de uno de los primeros centros psiquiátricos de la historia, el Hospital dels Innocents o de Folls de Valencia que así es el nombre que recibe. El monarca de la Corona de Aragón Martín el Humano

dio licencia a la nueva institución, y el pontífice Benedicto XIII, ese al que conocemos como el Papa Luna, le concedió derechos especiales e inmunidades.

Fue tanta la importancia y el prestigio que adquirió el hospital, que Lope de Vega en su obra teatral *Los locos de Valencia* lo pone en boca de uno de sus personajes y le dedica una frase: «Tiene Valencia un hospital famoso, adonde los frenéticos se curan con gran limpieza y celo cuidadoso».

Vuelvo a mirar el cuadro que pintó Sorolla y reparo en un detalle. El hábito que viste Gilabert Jofré es de color blanco. Ese color era el que llevaban los miembros de la Orden de la Merced, los mercedarios. La función de esa orden mendicante era la redención de los cristianos cautivos en manos de musulmanes.

Esa reflexión me conduce a pensar que los mercedarios, en sus estancias en tierras islamizadas, copiaron algunos conocimientos de los pueblos árabes, que en medicina nos llevaban bastante adelanto.

El Corán, en la sura IV, versículo 4, deja escrito: «No confiéis a los ineptos los bienes que Dios ha confiado a vuestro cuidado como un fondo; pero, administrándolos vosotros mismos, suministradles de este fondo alimento y ropas y emplead con ellos un lenguaje dulce y honesto».

Los árabes crean los *maristanes*, que eran edificios donde se cuidaba a los enfermos y los trataban de sus patologías mentales. Estos hospitales eran públicos, y estaban promovidos por emires o gobernadores, que no estaban adscritos a ninguna mezquita.

En la España árabe, Granada contaba con un importante *maristán* construido entre 1365 y 1367 por el sultán Muhammad V, que pretendía, con esta obra, obtener la misericordia de Dios. No es descabellado pensar que fray Jofré hubiera oído hablar de esos hospitales para locos y quisiera algo parecido para Valencia.

El *maristán* se encuentra en el barrio granadino de Axares y es el único edificio de este tipo que en la actualidad se conserva en Europa. Estuvo funcionando como hospital hasta la conquista de Granada por los Reyes Católicos. En 1502 se convirtió en Casa de la Moneda. En 1590 el inmueble se vio afectado por una ex-

plosión de pólvora en un molino cercano. Entre finales del siglo XVIII y principios del XIX se habilitó el edificio como casa de vecinos. Este inmueble, en su tiempo, también tuvo funciones de cuartel y presidio. Cuando lo visité era un solar con una construcción derruida casi en su totalidad. Por suerte, creo que de aquí a un tiempo no muy lejano volverá a tener el esplendor que en un tiempo ostentó, pues hará un par de años leí en la prensa que unas importantes obras de restauración iban a empezar a realizarse en breve.

En esa época en que funcionó el *maristán* de Granada, en la Europa cristiana, el tratamiento de enfermedades mentales era de índole penal o religioso. Solo había dos tipos de locos: o se era un loco delincuente o un loco endemoniado, no había más divisiones. En cambio, en la cultura musulmana, los enfermos mentales eran recogidos en los *maristanes* y se disponía a los pacientes en distintas alas del edificio, según la gravedad de su enfermedad. Para su tratamiento se les destinaba una terapia basada en la música, la luz, el sonido del agua de las fuentes y la tranquilidad.

A miles de kilómetros de Granada, en el *maristán* de Damasco (hoy convertido en Museo de las Ciencias y de la Medicina), construido en 1154, se puede ver una especie de xilófono que se realizó siguiendo las instrucciones dadas por los médicos para tratar cada caso clínico con una combinación distinta de notas musicales. Instrumento similar al que se ve en ese museo debió de poseer el *maristán* de Granada, puesto que también en él las terapias deberían incluir conciertos para los internos y puede que, como en Damasco durante la hora de paseo por el patio, una orquesta interpretara las piezas musicales incluidas en la prescripción médica. Ritmo, melodía y armonía al servicio de la ciencia.

Disculpe mis digresiones, que temo que en todo cuanto le escriba van a estar presentes, porque con el paso de los años los pensamientos acaban volando de aquí para allá sin control, sin orden, sin concierto y con escasa cronología.

Regresaba en el tren con destino a Barcelona cuando, no sé por qué motivo, me vino a la memoria el cuadro *Corral de locos* de Francisco de Goya, que pintó en la última década del siglo XVIII.

En él se pueden observar a dos enfermos del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza pelearse desnudos entre un corro de internos. Un guardián intenta separar a los combatientes azotándolos. Si he dicho tan seguro que los enfermos son del hospital de Nuestra Señora de Gracia, es porque el propio Francisco de Goya escribió al político Bernardo de Iriarte comentándole que la escena representaba lo que había presenciado en el manicomio de Zaragoza. Esa escena debió de contemplarla en alguna de las visitas que realizó para ver a dos tíos suyos por parte de madre, naturales de Fuendetodos en Zaragoza, ya que documentalmente consta que estuvieron encerrados en dicho hospital dos internos de apellido Lucientes.

La historia del hospital psiquiátrico de Zaragoza comienza en 1425, siendo voluntad del rey don Alonso V de Aragón la creación de un establecimiento benéfico que abriera sus puertas a todos los dolientes que allí se presentaran, atendiendo a enfermos comunes y a dementes también. Casi cuatro siglos después, un francés, Philippe Pinel, de quien le hablaré cuando le cuente los manicomios de París, ya que fue uno de los grandes en el mundo de la psiquiatría, no pudo dejar de admirar el psiquiátrico de Zaragoza, manifestando que era un hospital abierto a los enfermos de todos los países, de todos los gobiernos y de todos los cultos.

A Pinel le sorprende que los enfermos cultivasen el campo y lo beneficioso que resultaba semejante trabajo para los dementes. No puedo dejar de transcribir íntegro lo que escribió haber visto en Zaragoza, ya que me siento incapaz de resumirlo:

Desde la mañana se les ve separarse con alegría por las diversas partes de un vasto cercado dependiente del hospicio, repartirse con una especie de emulación los trabajos propios de la estación, cultivar el trigo candeal, las legumbres, las plantas de los huertos, ocuparse por turno en la cosecha, la trilla, la vendimia, la recolección de aceitunas, y en volver a encontrar por la noche, en un asilo solitario, la calma y un sueño tranquilo. Una experiencia constante ha enseñado a las autoridades del asilo que ese es el medio más seguro y eficaz para recobrar la razón.

Del manicomio de Zaragoza constan dos cuadros firmados por Francisco de Goya. Uno es el ya mencionado *Corral de locos*, y el otro es *Casa de locos*, que pintó unos veinte años después del anterior. El cuadro muestra una imagen sobrecogedora de un grupo de enfermos que se encuentran dentro de un edificio austero, oscuro y con una única ventana enrejada en lo alto. Más parece una cárcel que una institución para el cuidado de los pacientes mentales. Vemos figuras desnudas en un estado de frenesí que se agitan, o que lloran y se lamentan tiradas en el suelo.

La noche del 3 de agosto de 1808, durante la guerra de la Independencia, el hospital quedó totalmente destruido por los bombardeos de las tropas napoleónicas. Los archivos del hospital y su biblioteca quedaron reducidos a cenizas. Ironías del destino, Philippe Pinel, que tantos elogios había gastado contando sus excelencias, en esos momentos ostentaba el cargo de médico consultor del emperador Napoleón Bonaparte.

Una semana después de mi llegada a Barcelona, vino este inesperado confinamiento y no me pude poner en contacto con usted. Los días se me hacen largos y pensé que habiéndole contado sobre cementerios y cárceles, por qué no continuar con otros templos del dolor, los manicomios. De este modo, yo mataré el tiempo escribiendo, y usted espero que leyéndolo. Por eso me he decidido a escribirle esta primera carta.

Al final de cada carta que le envíe le recomendaré una película y una canción, para de esa manera alargar un poco más la distracción que espero nos haga olvidar por unos momentos la maldita pandemia que nos mantiene prisioneros. Lo que unificará películas y canciones es que estarán relacionadas con la locura y con los manicomios.

* * *

Le animo a que se pare a escuchar la canción de Joan Manuel Serrat «De cartón piedra». La letra nos habla de un joven que se ha enamorado de una bella maniquí de cartón piedra, de ahí el título, a la que contempla enamorado a todas horas en el escaparate de una tienda. Su final es tan poético como en cierta medida

triste: «Y entonces, llegaron ellos. / Me sacaron a empujones de mi casa / y me encerraron entre estas cuatro paredes blancas / donde vienen a verme mis amigos. / De mes en mes. / De dos en dos. / Y de seis a siete».

Y ya que le he hablado de manicomios españoles, la película que le recomiendo no puede ser de otra nacionalidad que no sea la española. Hay varias que podrían estar, pero me decido por *Manicomio*, que codirigieron en 1953 Luis María Delgado y Fernando Fernán Gómez, quien se reservó el papel principal. *Manicomio* cuenta la historia del día en que el protagonista decide visitar a su prometida en el manicomio donde ella trabaja. Allí conocerá las historias de algunos de los profesionales y enfermos presentes. En diferentes episodios, se irá descubriendo el estado psicológico de varios de sus habitantes. Entre sus curiosidades, decirle que uno de los actores es el premio nobel Camilo José Cela, quien interpreta un pequeño papel en el que debe comer hierba y lanzar coces.

* * *

A partir de esa primera carta, que leí de un tirón, los días fueron muy diferentes a los anteriores. Mis compañeros en las multiconferencias se dieron cuenta del cambio en mi carácter y me lo llegaron a decir. Con esa primera carta descubrí que cuando se espera alguna cosa, la vida adquiere un sentido y es más fácil afrontar el futuro, por duro que se presente. Aproximadamente cada tres días me encontraba con una carta en el buzón. Llevar la bolsa al contenedor quedó relegado a un segundo término.